

# El Eco de Cartagena.

Año XXVII.

DIARIO DE LA NOCHE.

NUM. 7615

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

CARTAGENA.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—PROVINCIAS, tres meses, 750 id.—EXTRANJERO, tres meses, 1125 id.  
La inserción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.  
Corresponsales en París para anuncios y reclamos, Mr. A. Lorette, rue Caumartin, 61—John F. Jones, 8, bis, Rue du Faubourg Montmartre.—En Londres: 166 Fleet Street E. C.  
Números sueltos 15 céntimos.

Condiciones.

El pago será en especie adelantado y en metálico 6 letras de fiado sobre.— La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, conserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.— No se devuelven los originales.  
Administrador.—D. Emilio Barón López.  
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24.  
Anuncios a Precio de Convencional.

JUEVES 31 DE MARZO DE 1887.

## LAS BASES CIENTÍFICAS DE LA MONARQUÍA.

Con este título publica la *Nineteenth Century* un artículo de una de las lumbreras del partido socialista extremo, el Príncipe Kropotkine, conocido por su actividad revolucionaria en Rusia, sus trabajos geográficos y sus disgustos con la justicia francesa.

Este artículo es muy serio, y ha sido elevado en cierto sentido; no se trata de la teoría del robo individual, ni de la del robo en comunidad, ni del caso del sñalado Duval; las conclusiones del Príncipe Kropotkine, aunque un tanto vagas, son radicales y dignas de ser conocidas.

La anarquía, la doctrina socialista del no Gobierno, expone el Príncipe, es el último término de las dos doctrinas, la una política, la otra económica, que se han presentado al fin de este siglo, y que proclaman: la una la necesidad de restringir, al mínimo, la ingerencia, las funciones, la existencia del Gobierno para aumentar los derechos y la plena libertad del individuo; la otra, la necesidad de modificar la distribución de la riqueza, por consecuencia la propiedad de los medios de producir, de la tierra, de los capitales, de las máquinas, la abolición del salario, y su reemplazo por el comunismo. Prosiguiendo hasta el fin estos dos sistemas de proposiciones, el anarquista se propone abolir totalmente el Estado para devolver al individuo todas sus prerrogativas y permitirle satisfacer todas sus necesidades por medio de Asociaciones libres, y así mismo abolir toda propiedad individual, de modo que la riqueza sea producida en común y para todos. Definiendo así su ideal, los anarquistas no hacen sino presentar de antemano el objeto al cual conduce totalmente toda evolución social, histórica y actual.

El Príncipe Kropotkine examina, primeramente, la marcha de las ideas modernas en la ciencia económica. Se ha principiado en este siglo a estudiar seriamente las funciones mistas del Estado, y no se ha tardado en descubrir defectos que presenta la forma más elevada del Gobierno el Gobierno representativo. Los Parlamentos se muestran de día en día más incapaces para ocuparse en los inmensos asuntos que los agobian, para conciliar los intereses de las diversas regiones y clases que administran, y esta importancia se presenta más clara todavía, desde que ciertas escuelas económicas han reivindicado

para las Cámaras la alta dirección de las relaciones económicas de los individuos; por otra parte, el sistema electivo no ha llevado al poder a las personas más idóneas de las comunidades, ni aún a aquellos individuos que pueden administrar, prescindiendo de espíritu de partido, los asuntos del Estado. En fin, habiendo querido ciertas escuelas socialistas, como el autor expresa, confiar al Gobierno poderes nuevos y excesivos, cierto número de espíritus esclarecidos principian a temer el advenimiento de la clase popular como equivalente a una forma de la tiranía y del cesarismo.

Pero las investigaciones modernas han demostrado que las atribuciones actuales y la centralización del Gobierno datan en gran parte de las épocas calamitosas de la historia, de las divisiones intestinas de las naciones, de las guerras y que la vía del progreso no está en el aumento de los poderes adquiridos de esa manera, sino en una descentralización progresiva que devuelva a los grupos subordinados al Estado, a los mismos individuos, la prerrogativa de que han sido despojados. El autor cita aquí el ejemplo de la Comuna, de París, y de la de Cartagena señalando el fracaso que ha sufrido en estas dos revoluciones la tentativa de aplicar, aún a las comunidades reducidas, el sistema representativo. «Si las condiciones de la propiedad están modificadas, como dice el autor, es preciso igualmente modificar las condiciones de la organización política.

«A los trabajadores libres, exentos de la opresión del capital, le es preciso una organización libre, sin otras bases que en un asentimiento libre, una cooperación libre, en la cual se cesará de sacrificar la autonomía del individuo a la ingerencia perpetua del Estado.»

Y el Príncipe Kropotkine añade que estas proposiciones están de acuerdo con la teoría de la evolución que, según M. H. Spencer y otros filósofos, se traducen moralmente por un aumento de los sentimientos altruistas, a costa de los sentimientos egoístas, y con la comparación entre la sociología que proclama la necesidad de la cooperación de todas las células del Estado; el autor termina diciendo: «El disentimiento entre los anarquistas y los filósofos arriba citados es, sin duda, muy grande, en cuanto a la rapidez probable de la evolución y de la conducta que es preciso observar, tan pronto como se tiene conocimiento del objeto al cual tiende la sociedad. Pero no se ha hecho ninguna tentativa para determinar científicamente la rapidez de la marcha de la evolu-

ción, y el principal elemento de la misma, la situación de espíritu de las masas, no ha sido tenido en cuenta por estos filósofos.»

Basado en seguida a la parte económica de las doctrinas anarquistas, el Príncipe Kropotkine expone que los últimos setenta años se han distinguido por un aumento enorme de la riqueza, que, si bien es debido en gran parte a los esfuerzos combinados de los hombres de ciencia, de los gerentes industriales y de los obreros, no ha tenido otro resultado que una acumulación de dinero entre las manos de los poseedores del capital, mientras que los obreros han permanecido sumidos en una espantosa miseria, y mientras que la vida del artesano es poco segura. La diferencia de las fortunas ha crecido al punto de romper la armonía de las sociedades, tanto más, tanto que los hombres de las clases inferiores, teniendo conciencia de sus derechos como seres humanos, han reivindicado una mayor parte en la riqueza que ellos producen y en los goces de que se ven privados, y no se contentan con los derechos políticos que se les ha concedido y que no les son de utilidad alguna.

Según ciertos economistas, entre los cuales incluye el autor a Herbert Spencer, la miseria actual de las clases bajas de la sociedad proviene de insuficiencia de la producción, de la superabundancia y subsistencia, y de la competencia que por consiguiente se establece entre los consumidores. Pero el Príncipe Kropotkine opina que no podría haber lucha por la existencia entre los miembros de un organismo social que estuviesen unidos para cooperar en la producción, cuando ésta, merced a la abundancia infinita de fuerzas naturales y a los recursos de la ciencia y la industria, puede llegar también a ser infinita.

Por otra parte, ahí está la estadística para probar que las riquezas de un Estado crecen mucho más pronto que su población, y que esto sucede a pesar de los defectos de la actual organización social, gracias a los cuales es permitido que algunos capitalistas restrinjan, cuando les convenga la producción nacional. Así se ve, que en estos momentos han apagado sus fuegos en Inglaterra 246 hornos de fundición, habiendo millares de mineros que no pedirían otra cosa sino extraer toneladas de carbón para esos hogares vacíos, y millares de tejedores que quisieran hacer telas para reemplazar los andrajos de los miserables pordioseros de Londres, y millares de obreros, sin ocupación, prontos a transformar en ricos campos de trigo las praderas de que sus propietarios no sacan más que algunos quintales de heno.

Hé aquí las restricciones directas de la producción; pero las hay, además indirectas que provienen de lo que se disipa en un lujo inútil de sumas enormes que podrían servir para empresas fructíferas. Cuando un rico gasta 25.000 pesetas para sus caballerizas, pierde cinco ó seis mil jornales, lo mismo que cuando una dama paga 2.500 pesetas por un vestido, quita a la sociedad cerca de dos años de trabajo útil al tipo actual.

Si se tiene en cuenta el aumento enorme de nuestras riquezas, a pesar de todas estas causas de limitación habrá forzosamente que reconocer que la no abundancia de la población relativamente a los medios de existencia, no existe y que las causas del mal estar social presente han de buscarse en otra parte, en el hecho de que, poco a poco lo que constituye la riqueza, el suelo incómodo, la civilización de un Estado, todo aquello cuyo valor ha sido creado por una masa inmensa de trabajadores más unidos ha sido paulatinamente monopolizado por un reducido número de propietarios que han excluido a los que verdaderamente tenían derechos.

«Una ciudad, dice el príncipe Kropotkine, es el resultado del trabajo de muchos siglos, las vías de comunicación que hacen su prosperidad, son la obra de millones de hombres; el valor de cada casa, de cada tienda, depende de cuanto le rodea, de esa tradición; lo mismo puede decirse de minas, diques, caminos de hierro, etc. ¿Quién, pues, tiene el derecho de poner su mano en la menor parte de este inmenso todo, y de exclamar esto es mío?»

Pero la tierra, que no tiene valor sino porque es necesaria para una población que incesantemente crece, pertenece a un corto número de propietarios que pueden impedir su cultivo a la comunidad. Las minas, que representan el trabajo de generaciones, y cuyo valor procede de las necesidades de las fábricas, de la existencia de los ferro-carriles, del comercio, de la densidad de población, pertenecen asimismo a corto número de personas que tienen el derecho de detener la extracción del combustible, si les place dar nuevo empleo a sus capitales.

La máquina para hacer el encaje que ha salido de tres generaciones de tejedores del Lancashire, pertenece también a unos cuantos, y si los nietos del tejedor que ha inventado la primera máquina para blondas, reclaman su derecho para trabajar con una, se les dirá: «Esta máquina no os pertenece.»

Los ferro carriles, que serían inútiles amontonamientos de hierro, si no tuvieran en la actualidad la Gran Bretaña numerosa población, indus-